

Vasconcelos, su lugar en la frontera

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar*

Introducción

Algo tienen estos lares situados entre el Trópico de Cáncer y el Río Bravo, y eso que consideran a la porción norte como alejada y poco propensa a la cultura. Coahuila cuenta con grandes escritores: Miguel Ramos Arizpe, Vito Alessio Robles, Julio Torri y Artemio de Valle Arizpe nacieron en Saltillo. Ambrose Bierce se fue a morir a Sierra Mojada, Daniel Sada pasó su infancia en Sacramento, al igual que Vasconcelos en Piedras Negras.

A Vasconcelos se le admira por su trayectoria, su obra, sus anhelos como fracasos, una vida complicada como repleta de claroscuros. Precisamente abordó su biografía después de la derrota electoral en las elecciones de 1929. Posiblemente en su intención por dejar constancia de los primeros recuerdos que tuvo. Primero, su etapa infantil que comienza en “un retozo en el regazo materno” y la otra vida que quiere presentarnos como justificar. Esas líneas se presentan en este escrito.

El diario acontecer del protagonista, coincide en la frontera, en el desierto, en el clima extremoso y en la otredad que se tiene, por estar expuesto a una nación que por su peso geopolítico impone. A la vez repleta de personas como experiencias, de sitios y viajes, de ideas como ideales. El trayecto se cumple sobre una línea de frontera, donde con un solo paso, se va y se regresa. Dibuja formas y los recuerdos, los define como hilos, ríos, remotos paisajes y escaleras: “Viajar es ir repartiendo pedazos del corazón. Este crece después y se renueva, pero de pronto tenemos la sensación del agotamiento sentimental. Es muy difícil conocer un pueblo y no amarlo. La gente también, si nos asomamos a su intimidad” (Vasconcelos, 1937).

* Es originario de Santa Catarina donde cada mañana distribuye notas culturales como históricas en el grupo de “Orgullo Norestense” por redes sociales. Es actualmente beneficiario del programa “Financiaré 2025” del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.

Vasconcelos y la frontera

José Vasconcelos (1882-1959) llegó a Piedras Negras, Coahuila con tan solo seis años, ahí permaneció hasta 1895 cuando su familia se trasladó a otra ciudad. La narrativa de los primeros años de su vida, fue publicada en la obra “El Ulises Criollo”, tratada como una analogía de la clásica “Odisea”. Entonces asumió el calificativo de “Criollo”, como símbolo del ideal vencido de la patria. En esa etapa vivió en la entonces Ciudad Porfirio Díaz y estudiaba en Eagle Pass, Texas. En ese lapso, a fuerza de tanto cruzar por el puente internacional del Río Bravo, se convirtió en símbolo obsesivo de su nación: un bastión pequeño e improvisado como única civilización en mitad del desierto. Se hizo escritor como ideólogo, en un espacio que forjó su personalidad en una contradicción: el norte violento y criollo y el sur sometido entre la civilización y la barbarie.

El desierto y los bárbaros

Vasconcelos escribió su obra de “Ulises criollo”, publicada por la editorial Botas en 1935. Relata su vocación peregrina, de andar de saltimbanqui de allá para acá. Nacido en la ciudad de Oaxaca el 27 de febrero de 1882, hijo de Ignacio Vasconcelos Varela, un boticario oaxaqueño convertido en empleado aduanal y de Carmen Calderón Conde. Don Ignacio fue destinado a Sásabe, Sonora, en el Valle de Altar en frente de un territorio que se perdió con la famosa venta de la Mesilla el concluir el año de 1853. De aquel lado de la línea fronteriza, está Sásabe, Arizona, perteneciente al condado Pima (Rosado Zacarías, 2015).

Dejaron su ciudad natal para evitar las plagas de la malaria. De pronto, se ve en la comarca de los indios Pápagos que tienen su epicentro sagrado en el cerro de Baboquivari. El contexto trae los primeros recuerdos, hace una diferencia de la memoria objetiva y la emotiva, que lleva a una impresión del desierto que nos envuelve. Con el correr del tiempo, se hizo filósofo, abogado, escritor, activista político, ideólogo revolucionario

maestro de juventudes, rector de la Universidad Nacional de México, ministro de Educación Pública y un personaje controvertido, viendo a sus orígenes: “El hilo tenue de la personalidad se va rompiendo sin que se logre reanudar la memoria” (Vasconcelos, 1937).

Un niño arrancado del paisaje del Istmo, de pronto se ve en medio de un ambiente que no le pertenece y a la vez le es hostil: después de la cena, descansando de las faenas y evitando los calorones, de repente todos se alteraron. Una noche, unas sombras se confundieron con los mezquites: “Acariciada por la luz se plateaba la lejanía y de pronto clamó una voz. Ahí vienen los indios”. Los encerraron, rezaron frente a una imagen de la virgen *un magnificat* y le prendieron un cirio a la virgen de la Perpetua. Sintió la balacera en carne propia, con la angustia de que el fuego le perforara la piel. Después del tiroteo todo volvió a la calma y anunciaron que se trataba de contrabandistas (Vasconcelos, 1937).

La guerra viva se recrudeció después de los Tratados de Guadalupe Hidalgo. Los norteamericanos comenzaron a perseguir a los llamados “indios bárbaros”, dedicándose a los albazos como a las incursiones. Como una forma de prevención, la mamá lo asiste. Evocó las palabras amorosas como aleccionadoras de su madre, advirtiéndole de los peligros en torno a la región vastísima de arenas y serranías, seguía dominada por los apaches, enemigo común de las dos castas blancas y dominadoras, la hispánica y la anglosajona. Al consumir sus asaltos, los salvajes “atacaban”, vejaban a las mujeres, a los niños pequeños los estrellaban contra el suelo y a los mayorcitos los reservaban para la guerra, los adiestraban y utilizaban como combatientes. Reiteró: “si llegan a venir, no te preocupes: no nos matarán, pero a ti te vestirán de gamuza y pluma, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear y un día podrás liberarte” (Vasconcelos, 1937).

Si vienen los apaches y te llevan consigo no te preocupes, nada temes, vives con ellos, sírvelos, aprende su lengua y háblales de nuestro Señor Jesucristo. Cuando crezcas un poco más y aprendas a reconocer los caminos, toma el camino hacia el sur, hacia la Ciudad de México y pregunta por un tío. Si no puedes escapar y pasan los años y prefieres quedarte con ellos, no olvides que hay solo

un Dios verdadero. Pero no hay mucho por qué temer, ya van siendo los pocos insumisos. (Vasconcelos, 1937)

Un día llegó un regimiento de los Estados Unidos y les hizo saber que la aduana estaba en territorio de ellos, por eso se fueron. Los responsables de la aduana mandaron un telegrama a la Ciudad de México, avisando que nada podía hacerse. La línea divisoria cambió o la modificaron a su antojo. En otra remembranza, se ve en Ciudad Juárez-El Paso, con sus frondosos y temblorosos álamos, el paseo a la orilla de los canales, llenos de agua corriente, fangosa, casas de azul y blanco, aroma de tierra mojada. “Aflora el río subterráneo de repente y nos descubre otro remoto paisaje” (Vasconcelos, 1937).

En la región del Río Escondido

A mediados del siglo XIX, una guardia cívica se instaló en enfrente del fuerte Duncan inmediato al Paso del Águila, en donde se formó una villa que ensalzaba la riqueza del subsuelo, la del carbón natural. Eran yacimientos rodeados de motas, como le dicen a los bosques extensos de regular tamaño. Para evitar el contrabando de algodón, armas y alimentos, fundaron una aduana, esencial en la economía regional al enlazar a Monterrey con Matamoros, Tamaulipas.

Entre las dos ciudades gemelas, Piedras Negras y Eagle Pass, se dio cuenta de su facilidad al estudio, como a la filosofía y la expresión de los ideales, aún a costa y peligro propio. Allá se gestaron los elementos que seguían como derrotero a cumplir. El nacionalismo expuesto con la misma intensidad, aunque a veces con distintos sentidos. En pleno auge porfiriano, Piedras Negras cambió de nombre a Ciudad Porfirio Díaz en 1888, año que coincide con la llegada de la familia Vasconcelos Calderón y del niño José de tan solo seis años. Don Ignacio primero buscó acomodo para los suyos y luego pensó en escuelas. Por lo pronto, decidieron por una situada en lado americano, en la ciudad de Eagle Pass, Texas.

El niño se sintió fuera de lugar. Un aula como extensión de otra nación, en donde sus compañeros hablaban otro idioma, pensaban distinto y tenían otra tez de piel. Acudió precavido, sabedor de que lo van a molestar y hasta golpear, por lo tanto debió



ganarse un prestigio en base de no dejarse vapulear. Tuvo pleitos a puñetazos, para no ser escarnio de los más grandes. Son muchas las andanzas en el plantel, en donde aprendió la historia de México vista desde la perspectiva de los norteamericanos. Por lo tanto, abordó pasajes de guerras e intervenciones y la tristemente célebre y mitificada pérdida de la mitad del territorio. Cuando veía los mapas, se imaginaba que un día iba al frente de un ejército para caer sobre Washington y cobrarse la afrenta. De aquellos años, recuerda la inauguración de la aduana con un baile. su primera novia, del despertar de su libido, cuando vio las piernas de una señora que se sentó en el piso para limpiar algo. De los juegos de lucha campal y jugar béisbol.

Tiene presente respecto al periodo de primavera, la cual comienza temprano en las tierras bajas de Coahuila y Texas, aunque desérticas, se forman vegas en los ríos, las nogaleras “prenden”, los cañaverales altos, los sembradíos de trigo, de alfalfa y de maíz, de sandías, consideradas el orgullo

de la frontera, tan rica y apreciada, tanto que una vez un nadador rescató una de la corriente aún a costa de su vida. Las flores y las plantas dan fragancia acentuadas, por el contraste de los arenales que la conforman.

“El pueblo de mis recuerdos”

La región norte de Coahuila adoptó al niño y el niño se hizo suyo:

Cerca de Piedras Negras se vierten en la corriente abundante y cenagosa del Bravo, el torrente cristalino del río de la Villita, la comarca de la confluencia es un vergel y de la misma margen del río Grande delante de la casa que habitábamos, se convierte en un extenso prado de amapolas, violetas silvestres y margaritas. Se podían ver los quebraplatos, las azucenas blancas y azules que forman enredaderas.

La población contaba con un pequeño templo de tan solo una nave, techado de madera con una portada barroca humildísima. A la izquierda un arquito sostenía una campana. Con dos plazas, la del Comercio y la del Cabrito por el guiso predilecto que preparaban. En el centro la casa de los Riddle, también una casa en ruinas que decían de los murciélagos, porque salían muchos al pardear. La calle del Comercio comunicaba la iglesia con la estación (Vasconcelos, 1937).

Las dos poblaciones divididas por el río Bravo o Grande del Norte, ofrecían ventajas de dos modos de vida. Cuando bajaba el nivel del caudal, se agarraban a pedradas de un lado como del otro. No había más diversión, que los convites entre los amigos. Le disgustó el sentido de inferioridad frente al yanqui: “En la frontera se nos había acentuado el prejuicio y sentido de raza, por combatida y amenazada, por débil y vencida”. Le gustaba pasear por las calles principales de Eagle Pass y ver los mostradores de las tiendas, en donde vio reflejada su imagen: “Frente al espejo en una vidriera convexa” y se preguntó: “¿quién soy?” (Vasconcelos, 1937).

Consideró: “Ellos iban un paso adelante, mejor traza urbana, más orden como limpieza”. Pero justifica a su pueblo adoptivo: “Los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para ir tirando”. Lamentó que los fronterizos no conocen el interior de México ni la capital, pero se van a gastar su dinero a San Antonio. Durante mucho tiempo el tono social lo hacía Eagle Pass, en cuya traza urbana se podían apreciar edificios de tres o cuatro pisos, avenidas asfaltadas. En cambio, Piedras Negras se distinguía por sus fiestas y jolgorios, con basura y encima de ruinas de construcciones urbanas. Aunque admiraba a la población vecina por su desarrollo y riqueza, se complacía al señalar que la piedra labrada siempre vale más que el cemento, por más que los sobrepusieran al piso.

La vida por el puente

Parece extraño que por el puente o el viejo Paso del Águila, se trasfieran y se comuniquen dos culturas de dos naciones en lo general e identidades y ámbitos regionales en lo particular. Definió al puente como el río Bravo, una arteria “salto audaz sobre el abismo de dos naciones, ruta suspendida en el aire” (Vasconcelos, 1937).

Para cruzar el río en un chalán y luego en el puente, al que recuerda haber pasado en la mañana, en la tarde y en la noche infinidad de veces. El torrente formaba remolinos donde fácilmente se ahogaban los nadadores. Supo que, en dos ocasiones, el caudal se llevó el puente de casi un kilómetro de largo. Las crecidas se llevaban los botes, el ganado, arrancaba troncos, todo lo que estaba a su paso.

Ese tramo que cruzó infinidad de veces en la mañana, al medio día, al atardecer como al anochecer. Una ocasión fue testigo de un hecho inusual casi al medio día: “No cabe duda, los discos giraban, se hacían esferas de luz. Se levantaban de la llanura y subían, se acercaban casi hasta el barandal con el que nos apoyábamos. Vieron unos puntos en el horizonte comenzaron a brillar, que conforme avanzaban se hacían más grandes como esferas luminosas: asistíamos al nacimiento de seres de luz” (Vasconcelos, 1937).

La temprana vida intelectual

El hecho de estar en medio de otros y ser minoría, lo llevaron irremediamente a destacar entre los demás. El papá tenía libros y los leyó todos. En la escuela aprovechaba todo lo que podía y lo recomponía de acuerdo a su incipiente concepto de nación que se forjó en la diferenciación infantil como desigual de lo que vivió o le decían sucedió en Oaxaca. Por ejemplo, su abuelo curó a Porfirio Díaz y le protegió mientras se recuperaba. ¿Se imaginan vivir en la Ciudad Porfirio Díaz, que un ancestro alivió?

Una ocasión los visitó un tío materno, cuando se fue, la mamá le dio a quemar unos libros prohibidos. Participó en una obra de teatro “El tenorio”. Era considerado el niño más aplicado de todo Piedras Negras. El chico más leído del pueblo, por eso una vez le pidieron que leyera un discurso en una ceremonia patriótica, pero se puso nervioso y el papá lo regañó. La mamá le dijo: “No eres tú para la oratoria; serás escritor y eso vale más” (Vasconcelos, 1937).

Del clima del Istmo al desierto y las llanuras

Cuando escribió el “Ulises criollo” tuvo presente la temperatura: “En Piedras Negras el clima extremoso parece saludable. Se vive la mayor parte del año puertas afuera”. Añade: “El verano fronterizo es polvoriento y sofocante. Alivian las temperaturas altas con baños al aire libre con una manguera”. Cuando el calor arreciaba, sacaban catres al patio y se pasaban viendo el cielo nocturno repleto de estrellas (Vasconcelos, 1937).

De todos los goces de la frontera, el mejor es pernoctar al aire libre, el clima caliente y seco hace más limpia la bóveda celeste. En aquella topografía de llanuras devastadas, el cielo es más ancho que en otros sitios de la tierra y las constelaciones refulgen dentro de una inmensidad engalanada por estrellas fugaces:

En aquellos cielos nuestros, desprovistos de literatura, la mente sondea, libre de sugerencias, como si recién descubriese el cosmos. Entonces la memoria distraída repite sin atención los nombres de la media docena de constelaciones, que la abuela conocía: la osa, el abanico, las siete cabrillas y el lucero. En la dulzura de la noche, perdida toda noción finita, el tiempo ya no corre porque se hizo eternidad. (Vasconcelos, 1937)

Los inviernos crudos se padecían, “aún a pesar de las estufas de carbón encendidas al rojo. Calaba el viento helado y el vaso de leche de almendras pasaba de mano en mano, aliviando partiduras en el rostro como en las manos. Vientos del norte, soplaban ululantes” (Vasconcelos, 1937). A veces duraban 24 horas sin parar, levantaban remolinos de polvo y basura, sacudían el puente. Tras los huracanes llegaban las heladas que congelaban el agua, formaban candelilla si llovía, aunque rara vez nevaba. Una ocasión pasó por el puente con la mano tocando el acero del pasamanos y llegó a la escuela sin sentirla. Las tenía entumidas y sin sentirlas, por lo que una maestra debió atenderlo.

La gente de Piedras Negras

Hay una etapa en nuestras vidas donde la geografía no importa, más bien lo que se genera y se vive

encima de la misma. Lo que más tenemos en las vivencias, son las personas que aparecen y se van, solo permanece la familia. A la distancia los demás quedan como fantasmas, presencias esfumadas casi imperceptibles. Los nombres se pierden, solo quedan las circunstancias que tuvimos. No había más diversión que la convivencia y juegos que tenían. Así se refirió a la gente de la frontera:

Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aún al aseo”. Los residentes de Piedras Negras aspiraban ser como los de allá pasando el río. La aduana y el ferrocarril dejaron un progreso, entonces parecía que se estaba igual: “Ahora nuestra fortuna corría pareja con el pueblo que acrecentaba sus recursos y que se regodeaban de que estaban progresando. En aquella región se desconoce la miseria, los cocheros y aguadores entraban a la misma cantina que el funcionario de la aduana. Por ser zona libre, los recursos entraban sin tanto costo y se podía conseguir lo que se quería. Había comercios locales, pero la gente prefería comprar ropa en el otro lado, comer allá, la moda de vinos importados y beber cerveza. (Vasconcelos, 1937)

Por la plaza del Comercio paseaban obreros con overol de mezclilla, muchachas bien polvoreadas, niños con sus papás y vecinos de Eagle Pass que salían de allá para divertirse un poco en lado mexicano. Muy seguido, los texanos cruzaban el puente. Le fascinaba ver a las norteamericanas pasear en “buggies”. Después de la cena, el fronterizo goza el fresco sentado en las banquetas y con las puertas abiertas.

Una o dos veces a la semana, una banda militar amenizaba en el kiosco de la plaza. Tocaba sones cargados de la ciudad con sus luchas y victorias. Ahí los vecinos se saludaban cuando se cruzaban, niños jugaban, mientras se ponía aparte, en sus cosas: “me conurbaba en lo mío, se me deshacía el corazón como con llanto, me pesaba sobre los hombros la tarea que solo el trascurso de los años va haciendo factible” (Vasconcelos, 1937).

La comida de Piedras Negras y el origen de la barbarie

El intelectual acostumbrado a la buena mesa y de buen diente como dicen, consideró a la cocina fronteriza como primitiva, de tortillas de harina, crudeza de guisos locales, pero con la ventaja de que llegaba de todo a Eagle Pass y ahí su abuela le podía preparar alimentos como los de su natal Oaxaca, como pipián, moles, garbanzos y arroces. Ahí comían cabrito como platillo predilecto, aparte del cordero, tamales rellenos de pollo, pasas y almendras, todo con café de olla con mesas cubiertas con manteles de hule e iluminados con un quinqué.

Pero la frase vasconceliana pesa y es una lápida encima para justificar que no hay cultura en la llamada Gran Chichimeca y somos bárbaros. El origen está cuando siendo secretario de Educación, recorrió la sierra de Querétaro y le prepararon diversos guisos con pollo. Tal vez para congraciarse dijo: “Donde termina el guiso y empieza a comerse la carne asada, comienza la barbarie”. Luego el paisano Pepe Alvarado de Lampazos y ex rector de la Universidad de Nuevo León lo contradijo, al señalarle que la fritada era el platillo más refinado y exquisito que hay. Otros cuentan que Vasconcelos la propició porque los empresarios regiomontanos no le dieron recursos para su campaña presidencial.

Los coahuilenses refrendan su comida y me precio de haber probado la de todos sus municipios. Algunos parientes lejanos de don Venustiano Carranza, residentes en Cuatro Ciénegas, señalan con orgullo que se despertaba muy temprano, salía a montar con su caballo, regresaba y le daban para almorzar chile con queso, cabeza de carnero tatemado al horno, carne asada su taza de café.

Una ocasión acudió a Querobabi, Sonora. Un ranchero de nombre José María Suárez agasajó a los invitados y comenzó a servir diversos cortes de carne asada y se asombró como el Ulises Criollo no hizo mala cara ni gestos a los bocados. Cuando terminaron de comer, el anfitrión le reclamó como solo los nortños lo hacen: “Maestro ¿no nos dice usted en su libro que somos unos bárbaros porque comemos carne asada? No veo que le haya hecho usted asco, y antes creo que le ha gustado a usted mucho, pues ha comido usted igual que nosotros”.

La ocurrencia fue festejada con una sonora carcajada, a lo que Vasconcelos le respondió sin enfado ni empacho: “No tome usted a pecho lo que yo escribo, pues jamás lo vuelvo a leer ni a acordarme de lo que dije, y sobre todo, la carne está muy buena, así es que no haga usted caso de eso de la barbarie y esas tonterías y de todas maneras celebro la lección que me ha dado” (Rodríguez Espinoza, 2019).

La partida

El clima y la escuela fueron decisivos para salir de Piedras Negras. Un día, su papá decidió entre quedarse o salir. En cierta forma, Vasconcelos justifica el proceder de su progenitor: “Permanecer en Piedras Negras, era arrostrar la nieve y los vientos en los despachos aduanales, en los almacenes y plataformas del ferrocarril o derretirse bajo el sol ardiente cualquiera en el páramo fronterizo”. Prefirieron buscar nuevos horizontes para que los Vasconcelos estudiaran. Cuando el director de la escuela de Eagle Pass lo supo, le ofreció mandarlo a estudiar a Austin con una beca. El papá se enojó.

Prepararon la partida, buscando un destino que ubicaron en Toluca. Conforme llegaba el tiempo, llegó la melancolía, trajo a su mente los recuerdos de las bajadas por el río, antiguo paso de aguadores que parecía tener jirones de una personalidad, el puente, la plaza. Dejó Ciudad Porfirio Díaz, su Piedras Negras del alma, en 1895. Vasconcelos con medio siglo de vida a cuestas, añoraba el solar donde creció: “Ya fuera, lloraba por regresar un día. Pero ya no estaría lo que él vio y vivió, ahora lujosos edificios, calles pavimentadas, un Piedras Negras nuevo, pero ya no mío” (Vasconcelos, 1937). Era “irreemplazable la ciudad infantil, parte irrecobrable de mi alma”.

Recorrió Coahuila siendo candidato a la presidencia de la República, pero no le fue tan bien: el Torreón se tiró al piso cuando oyó balazos, en su frustrado viaje a San Buenaventura vio moros con tranchetes y en la región carbonífera le gritaron: “Ya no nos hables de Grecia, háganos de Sabinas”. O cuando se refirió a Viesca, Parras y General Cepeda como las villas castizas del norte.

Infancia es destino

Vasconcelos es el hombre con el que Homero comienza la narración de la “Ileada” y la Odisea”: “Oh musa cántame y cuéntame la historia de ese hombre atormentado hasta el fin de los tiempos”. Después del gran fracaso que tuvo, víctima de un fraude electoral a favor de Pascual Ortiz Rubio, salió del país rumbo al exilio, al que consideraron una traición y renuncia a la lucha. Ya en la última etapa de su vida, el “Ulises criollo” vio a sus cicatrices, que conforme envejecemos se vuelven surcos que determinan nuestro camino y el modo en que enfrentamos las adversidades. Vasconcelos se hizo fuerte en Piedras Negras.

Referencias

- Guerrero Aguilar, A. (2007). “El Noreste mexicano en la obra de Manuel Payno”. *Revista de Humanidades del Tecnológico de Monterrey* (22), 13-44.
- Rodríguez Espinoza, H. (2019). Vasconcelos y la carne asada. Primera Plana.
- <https://www.primeraplanadigital.com.mx/blog/2019/10/07/vasconcelos-y-la-carne-asada-2/>
- Vasconcelos, J. (1937). *Ulises criollo*, vida del autor escrita por el mismo. Ciudad de México: Botas.